

cuenta por autores Gay, Young, Akenside, Goldsmith, Gray, Bloomfield, Glover, Thompson, etc., como novelistas figuran Richardson y Fielding, y como historiadores Hume, Robertson, y Gibbon, á quienes han seguido Smolett y Lingard.

Ademas de esos poetas, siempre se han leído con gusto el *Arte de conservar la salud*, por Armstrong; la *Caza*, por Somerville; el *Actor*, por Lloyd; el *Arte poética*, por Roscommon, y el de Francis; el *Arte de la política*, de Bramston, y el *Arte de la cocina*, de King.

El *Arte de la política* tiene mucha imaginación. El exordio de esos diversos poemas es una imitación del arte poética de Horacio. Bramston compara el hombre que á un mismo tiempo es *whig y tory*, con una figura humana que á un mismo tiempo tuviera el pecho de mujer y la cola de merluza.

A lady's bosom, and a tail of cod.

Delacourt, en su *Prospect of poetry*, ensayó la armonía imitativa técnica, como posteriormente escribió en Francia Mr. Piis. Los *placeros de la imaginación* por Akenside, carecen de ella, y el poema sobre la *Conversación* por Stillingfleet, no pudo ser compuesto sino para un pueblo que no supiera hablar.

También debe hacerse mención del *Naufragio*, por Falconer; del *Viajero* y la *ciudad abandonada*, de Goldsmith; de la *Creación*, de Blackmoore, y del *Juicio de Hércules*, de Shenstone.

No olvido á Dyer y á Denham. Conviene leer la *Queja del poeta*, por el desgraciado Otway; el *Wanderer*, por el mas desgraciado aun Savage; aquí es donde se pinta con todo su horrible color la furia del suicidio: «Con la frente desgarrada por la tortura del pensamiento grita al hombre: Pálido, miserable, de nadie sino de mí esperes consuelo: soy hijo de la desesperación, mi nombre es suicidio.»

Born on Despair, and Suicid my name.

## YOUNG.

Young fundó una escuela, que no siendo bueno el maestro, no tuvo mas remedio que ser mala. Parte de su primitiva reputación es debida al cuadro que presenta en la apertura de sus *Noches*. Un ministro del Omnipotente, un padre anciano que ha perdido su única hija, se levanta en medio de la noche para gemir entre tumbas, y asocia á la muerte, al tiempo y á la eternidad, la única cosa que el hombre tiene de grande en sí mismo, el dolor. Semejante cuadro interesante.

Pero avanzad: por mas que la imaginación, desbordada por esa situación del poeta se haya creado un mundo de lágrimas y de tristezas, nada encontrareis en lo sucesivo sino un hombre que está atormentando su espíritu para concebir ideas tristes y tiernas, y que no consigue establecer mas que una lánguida filosofía. Young, á quien el fantasma del mundo no deja de perseguir ni aun en medio de las tumbas, no revela en sus declamaciones sobre la muerte, mas que una ambición frustrada: confunde su mal humor con la melancolía; nada hay de natural en su sensibilidad, ni de idealismo en su dolor: es una mano pesada que se arrastra monotonamente sobre las cuerdas de la lira.

Young procura dar á sus meditaciones el carácter de tristeza, y esto se consigue únicamente por tres caminos; ó por las escenas de la naturaleza, ó por la vaguedad de los recuerdos, ó por los pensamientos de la religión.

Quiso que las escenas de la naturaleza sirvieran á sus quejas: apostrofó á la luna, se dirigió á las estrellas, pero no consiguió producir emociones en el corazón. Nadie puede decir á punto fijo en dónde reside aquella tristeza que un poeta hace brotar tal vez de

los cuadros de la naturaleza; que tal vez se oculta en el fondo de los desiertos, ó tal vez es el eco extenuado por el dolor, y habitante invisible de la montaña.

Los buenos escritores franceses que han sentido el encanto de esa clase de ensueños melancólicos, han dejado muy atrás al doctor inglés. Chaulieu mezcló como Horacio los pensamientos de la muerte con las ilusiones de la vida:

«Gruta, entapizada de flores y de suave musgo, de cuyo seno brota ese cristalino arroyo, nunca me inspire mas pensamiento que el contemplar el dulce murmullo de la corriente.»

«Musas que tan cariñosamente cuidásteis de mi infancia en ese lugar campestre: frondosos árboles que me visteis nacer, no tardareis en verme morir.»

La página mas melancólica de Young no puede compararse con la siguiente de Rouscau.

«Al aproximarse la noche, yo descendía de las alturas de la isla, y me iba maquinalmente á sentar á la orilla del lago, sobre la arena, en algun rincón oculto; allí el rumor de las olas y la agitación del agua concentrando mis sentidos, y desterrando de mi alma toda inquietud, la sumergían en una especie de sueño delicioso en el que me sorprendía con frecuencia la noche sin haberla visto venir. El flujo y reflujo de aquella agua, su ruido continuo, pero aumentando alguna que otra vez, afectaban suavemente mis sentidos, suplían los sentimientos interiores que la blandura de aquella situación iba extinguiendo y bastaban para hacerme sentir placidamente la existencia sin tener que pensar en ella. D cuando en cuando se me ofrecía espontáneamente alguna breve reflexión acerca de la instabilidad de las cosas del mundo, cuya imagen me presentaba la superficie de las aguas; pero esas ligeras impresiones se desvanecían en la uniformidad del movimiento continuo que me estaba meciendo y que sin el concurso activo de mi alma me atraía, en disposición, que solo haciendo un esfuerzo, podía al llegar la hora retirarme de aquel sitio.»

Young se aprovechó mal de las ilusiones que inspiran semejantes escenas porque sin duda le faltaba ternura. Abundan los recuerdos de desgracias en el poeta, pero carecen como todo lo demás del colorido de verdad: ni en nada pueden compararse con estos aceros de Gilbert, espirando en la flor de la edad en un hospital y abandonado de sus amigos.

«Miserable convidado al festín de la vida, apenas me presenté en él me veo llamado por la muerte! Muero sin la esperanza de que nadie venga á derramar lágrimas sobre la tumba que lentamente me va atrayendo.»

«Adios campiñas afortunadas; adios delicioso follaje, adios risueña soledad de los bosques, cielo, pábellon del hombre, admirable naturaleza, adios por última vez.»

«¡Ah! Séales dado á esos amigos que estan sordos á mis lamentos, gozar por mucho tiempo de vuestra sagrada belleza! Sean largos sus dias; sea llorada su muerte, sea un amigo el que les cierre los ojos!»

En muchos pasajes Young declama contra la soledad: es decir que en su corazón no había tendencias ni de sacerdote ni de poeta. Los santos alimentan sus meditaciones en el desierto, y el Parnaso es una montaña solitaria. Bourdaloue suplicaba al prior de su orden le permitiera retirarse del mundo. «Conozco que mi cuerpo se debilita y se va encaminando á su fin, decía Bourdaloue. He terminado mi carrera, ¡ojala pudiera añadir: *He sido fiel!*... Séame lícito emplear únicamente en servicio de Dios y de mi alma lo que me resta de vida... Allí olvidándome de todas las cosas del mundo, consagraré á Dios todos los años de mi vida en la amargura de mi alma.» Si Bossuet viéndolo en medio de las pompas de Versailles, supo

derramar en todos sus escritos una santa y magestuosa tristeza, no fue sino porque habia encontrado en la religión toda una soledad.

Por lo demás es preciso convenir en que nuestro siglo lleva ventaja al anterior en lo tocante á ese género descriptivo elegíaco. Ya no son descripciones vagas como en otro tiempo, sino observaciones exactas las que poniéndose en armonía con los sentimientos encantan por su verdad y producen en el alma la impresión de un melódico lamento.

Suspirar por lo que se ha perdido; vivir en sus recuerdos y caminar hácia la tumba aislándose, tal es la vida del hombre. Las imágenes tomadas de la naturaleza tienen mil relaciones con nuestros sucesos; uno pasa en silencio como un raudal sereno, otro lleva en pos de sí un tumultuoso rumor como el torrente; otro se desploma atronando como la catarata, aterroriza y desaparece.

Young, por decirlo de una vez llora sobre los mortales restos de Narcisa sin conmover á nadie. A una mujer ciega, querían ocultar sus amigos el último trance á que se hallaba reducida su hija por una enfermedad: la triste madre aprovechó un momento de descuido, se arrimó al lecho, abrazó á su hija y al darle un beso en la frente se mancharon sus maternales labios con el sagrado óleo con que el sacerdote habia ungido la frente de la moribunda virgen! He aquí una idea que conmueve el corazón mas que todos los pensamientos de los *Noches* del padre de Narcisa.

GRAY.—THOMSON.—DELILLE.—FONTANES.

Del autor de las *Noches* paso al cantor de las muertes campestres. Gray encontró en la lira una serie de armonías é inspiraciones desconocidas de la antigüedad. En él principia esa escuela de poetas melancólicos transformada actualmente en escuela de poetas desesperados. El primer verso de la célebre elegía de Gray es una traducción casi literal del último verso de estos deliciosos tercetos de Dante.

«Era già l'ora che volge 'l disio  
«A' naviganti e 'ntenerisce il cuore  
«Lo di ch' han detto a 'dolci amici addio.  
«E che lo nuovo peregrin d' amore  
«Punge, se ode squilla di lontana  
«Che paja 'l giorno pianger che si muore

Era la hora en que se aviva el deseo y se entenece el corazón de los navegantes recordando el dia en que dijeron adios á sus dulces amigos: cuando el nuevo peregrino de amor se acucia al oír á lo lejos la campana que al parecer llora al dia que está muriendo.

Gray dijo.

*The carfew tolls the knell of parting day*

Yo también en mi tiempo hice una imitación del *Cementerio campestre* (¿Quién no lo ha imitado?)

«¡Ah! ¿Qué son los honores? El hijo de la victoria y el pacífico mortal que conduce un rebaño mueren de un mismo modo: los pasos de la gloria así como los del placer no conducen sino á la tumba.»

«Tal vez aquí la muerte en su imperio encadena rústicos Newton ignorados de la tierra, ilustres desconocidos, cuyos inspirados talentos habrían encantado á los dioses con las armonías de la lira. Así es como brilla la perla en el fondo del vasto Océano: así es como se marchitan en los bosques rosas que nadie ve sonreír y cuyo aroma se exhala lejos del virginal seno de las pastoras.»

El ejemplo de Gray demuestra que un autor puede entregarse á sus melancólicos ensueños sin dejar por eso de ser noble y natural y sin despreciar la armo-

nia. La oda á una *Vista lejana del colegio* de Eton es en algunas de sus estrofas digna de figurar al lado del *Cementerio campestre*.

¡Ah happy hills! ¡ah pleasings hade!  
Ah fields below'd in vain!  
Where ouce my careless childhood stray'd  
A stranger yet to pain!  
I feel the gales, that from you blow  
A momentary bliss bestow;  
As, waving fresh their gladsome wing,  
My weary soul they seem to sooth,  
And, redolent of joy and youth,  
To breathe a second spring.

Say, father Thames, for thou hast seen  
Full many a sprightly race.  
Disporting on thy margin green,  
The paths of pleasure trace;  
Who foremost now delight to cleave,  
With pliant aruns, thy glassy wave?  
The captive linnet which enthrall?  
What idle progeny succeed  
To chase the rolling circle's speed,  
Or urge the flying ball?

Alas! regardless of their doom,  
The little victims play!  
No sense have they of ills to come,  
Nor care beyond to-day.

(«Afortunadas colinas, risueños bosquecillos, campos vanamente amados, por los cuales en otro tiempo anduvo errante mi primera juventud libre de todo cuidado y de toda molestia! Siento las brisas que viniendo de vosotros me traen un momento de felicidad, en tanto que sacudiendo alegremente sus ligeras alas parecen acariciar mi espíritu abatido y con su perfume de juventud y alegría, me inspiran una segunda primavera.»

«Dí, padre Támesis (pues has visto mas de una nueva raza solazarse en tus verdes riberas, dejando huellas de su placido paso) dí quienes son hoy los que mas se apresuran á hendir con agíl brazo tus ondas cristalinas ó á cautivar las aves que cantan en tus márgenes. Dí que versátil generación se aventura en precipitar el curso del aro ó en lanzar la pelota que rebota en la arena.»

«¡Ah! sin pensar en su destino juguetean las pequeñas víctimas, sin pensar en los males futuros, sin cuidarse del día de mañana.»

¿Quién no habrá experimentado los sentimientos que tan dulce y poéticamente expresan esos conceptos? ¿Quién no se habrá enternecido al recordar sus juegos, sus estudios y sus amores infantiles? Mas ¡Ay! nadie puede reproducirlos. Los placeres de la juventud pintados por la memoria son ruinas vistas á la luz de una tea.

Gray tenía la manía de que le llamaran hidalgo de primera clase y no podia sufrir que nadie le hablara de sus versos que le causaban rubor. Preciábase de tener profundos conocimientos históricos, y en realidad los tenia. También aspiraba á la celebridad de químico, así como por el contrario sir Davie deseaba fundadamente ser llamado poeta. ¿Dónde estan al presente la hidalguía, la historia y la crítica de Gray? No vive ya sino en la melancólica sonrisa de las musas que despreciaba.

Thomson ha expresado como Gray (pero de otro modo) el recuerdo de los dias de su infancia.

Welcome, kindred glooms!  
Congenial horrors hail! with frequent foot,  
Pleas'd have I, in my cheerful morn of life,  
When nurs'd by careless solitude I liv'd,  
And sung of natura with unceasing joy,  
Pleas'd have I wander thro' your rough domain;  
Trod the pur virgin-snows, myself pure.

(¡Bienvenidas sombras aparentes! Horrores simpáticos, salud! Cuántas veces encantado durante la alegre mañana de mi vida, cuando vivía alimentado por una soledad exenta de cuidados celebrando con un júbilo sin fin la naturaleza; cuántas veces he andado errante y lleno de ilusiones al través de las sombrías regiones de las tempestades, y pisando la nieve virginal, que no me aventajaba en pureza, etc.)

Así como los ingleses tenían su Thompson, figuraban Saint-Lambert y Delille entre los franceses. La obra maestra de este último es la traducción de las *Geórgicas*, exceptuando los pasajes sentimentales, pero la lectura de esa traducción del Virgilio produce el mismo efecto que una refundición de Racine en el lenguaje del tiempo de Luis XV, ó las copias de los cuadros de Rafael hechas por Mignard.

*Los Jardines* son una obra deliciosa. En algunos cantos de la traducción (también de Delille) del Paraíso perdido se echa de ver un estilo más copioso que en las demás obras. De todas maneras esa escuela técnica, colocada entre la clásica del siglo XVII y la romántica del XIX ha desaparecido ya. Sus libertades demasiado buscadas y sus trabajos por ennoblecer asuntos que no lo merecían y por imitar sonidos que no venían al caso, no dieron á la escuela técnica más que una vida ficticia que pasó con las costumbres también ficticias de donde había nacido. Esta escuela haciendo alarde de copiar la naturaleza, careció de naturalidad; consagrándose á combinaciones pueriles de palabras no fue tan original como la moderna, ni tan pura como la antigua. El abate Delille fue el cantor de la aristocracia moderna, así como los trovadores lo fueron de la antigua: en los versos del uno y en las baladas de los otros se echa de ver el vigor de aquella clase de la sociedad en sus diversas épocas de juventud y vejez. Delille tuvo que pintar escenas y entretenimientos domésticos donde los trovadores cantaron proezas y torneos.

La prosa y los versos de Mr. de Fontanes son parecidos y tienen un mérito de una misma especie. En sus pensamientos é imágenes resalta una melancolía ignorada en el siglo de Luis XIV y que únicamente tenía lugar en la austera y santa tristeza de la elocuencia religiosa. Esta melancolía respira en las obras del cantor del *Día de los difuntos* como característica del tiempo en que vivió; ella revela á punto fijo la época de la aparición del poeta, que fue después de Rousseau y no inmediatamente después de Fenelon. Si se redujeran los escritos de Mr. de Fontanes á dos pequeños tomos, el uno en prosa y el otro en verso, serían el más elegante monumento fúnebre que pudiera erigirse á la memoria de la escuela clásica.

Entre las odas póstumas de ese autor hay una á su *Aniversario* que rivaliza con la consagrada al *Día de los difuntos*, y la aventaja en un sentimiento más individual y penetrante. Cito dos estrofas únicas que tengo en la memoria.

«Ya viene la vejez con sus padecimientos. ¿Qué me ofrece el porvenir? breves esperanzas, ¿Qué me ofrece el pasado? faltas y pesares. Tal es la suerte del hombre: la edad lo instruye. ¿Mas de qué sirve la sabiduría, cuando el fin está ya tan cercano?»

«Lo pasado, el presente y el porvenir, todo me causa pena: la vida en su ocaso no tiene ningún prestigio para mí. En el espejo del tiempo desaparecen todos sus encantos. ¡Placeres! Id á solicitar al amor y á la juventud: dejadme con mi tristeza y no me insultéis.»

Si algún objeto en el mundo podía ser antipático á Mr. de Fontanes, era mi modo de escribir. En mi principiaba, con la escuela llamada romántica una revolución en la literatura francesa: sin embargo mi amigo en vez de indignarse contra mi barbarie, se aficionó á ella. No dejaba yo de ver alguna contracción en su semblante cuando le leía pasajes de los *Natches*

de *Atala* y de *René*: no podía apreciar esas composiciones con las reglas normales de la crítica; pero conocía que entraba en un mundo nuevo, veía una naturaleza nueva y comprendía un idioma que nadie había hablado. Le soy deudor de excelentes consejos y de cuanto puede haber de correcto en mi estilo: él me enseñó á respetar el oído, y por último á él debo el no haber caído en la extravagancia de invención y poco limada ejecución de mis discípulos, si es que los he tenido.

Mr. de Fontanes tuvo que emigrar de París por los sucesos del 18 fructidor y pasó á Londres. Allí fuimos con frecuencia á pasearnos al campo deteniendonos bajo la sombra de los copudos olmos, esparcidos por aquellas praderas. Apoyándose en el tronco de alguno de ellos, mi amigo me contaba escenas de su primer viaje á Inglaterra antes de la revolución, repitiéndome alguna vez versos que había dedicado á unas señoritas que ya habían envejecido á la sombra de los torreones de Westminster, torreones que subsistían del mismo modo que entonces los había visto á pesar de tener enterradas en su base las ilusiones y las horas de la juventud del poeta. Comiamos en alguna hostería solitaria en las márgenes del Támesis, hablando de Shakespeare y de Milton, que como dice Sainte Beuve: «había al pie de Westminster adivinado á Cromwell y soñado en Lucifer.»

Milton y Shakespeare habían visto lo que también nosotros estábamos viendo, y se habrían sentado alguna vez en la margen de aquel río, semejante en nuestra emigración al río de Babilonia, y para ellos río que fecundaba su patria. Por la noche regresábamos á Londres á la pálida luz de las estrellas que iban sucesivamente desapareciendo entre la niebla de la ciudad, y nos encaminábamos á nuestra morada guiados por inciertos resplandores que apenas nos indicaban el camino al través del humo de carbon enrojecido por la luz de los reverberos. Así pasa la vida del poeta.

#### REACCION. — TRANSFORMACION LITERARIA. — HISTORICADORES.

Cuando los franceses se hicieron entusiastas admiradores de los ingleses; cuando en Francia predominó la manía de imitar á sus vecinos hasta en el traje, en los perros, en los caballos, en los jardines y en los libros, los ingleses siguiendo el instinto de su odio á la Francia, se jactaron de llamarse anti-franceses: cuanto más estos procuraban unirse, más se desviaban aquellos y más con desprecio los miraban. Para excitar la risa del público en cualquiera plazuela de Londres se veía un tablado sobre el cual un payaso hacía mover un maniquí, dándole el nombre de francés. Presentábanlo á la risa del pueblo vestido de un traje de tafetan de verde claro, con el sombrero bajo el brazo, larga coleta, piernas delgadas, con todo el aire de un bailarín ó de un hambriento peluquero; tirándole de las narices y le hacían tragar sapos. En tanto que el pueblo de Inglaterra se divertía con estas bufonadas, en el teatro de Francia nunca figuraba un individuo de aquella nación que no fuese adornado de todas las mejores cualidades; siempre era algún noble lord, ó cuando menos algún capitán que se distinguía por sus sentimientos de pundonor y generosidad. En Londres se extendió la reacción á toda la literatura francesa, antigua y moderna, y para conseguir separarse enteramente de esta última, fueron intentando nuevos caminos hasta llegar por último al estado en que hoy se encuentran las letras en aquel país. Cuando tuve que buscar allí un asilo en 1792, me vi en la precisión de reformar la mayor parte de los juicios que había tomado de las obras críticas de Voltaire, Diderot, La Harpe y Fontanes.

Por lo concerniente á historiadores vi que Hume estaba reputado como escritor tory-jacobita, pesado

y retrógrado: acusábanlo así como á Gibbon de haber recargado de galicismos el idioma inglés, y lo posponían á su continuador Smollett, espíritu *whig* y progresista, Gibbon acababa de desaparecer: pasaba por retórico, por filósofo durante su vida y por cristiano en su hora postrera, lo cual era lo mismo que decir que había sido un *pobre diablo*. Hallam y Lingard no habían dado aun al público sus trabajos.

Hablaban también de Robertson por la seguridad de su estilo. No se dirá efectivamente al leer su historia lo que Mr. Lerminier dijo de la lectura de la de Herodoto en los juegos olímpicos: «La Grecia se estremeció y Tucídides lloró.» En vano aquel sabio ministro escocés (Robertson) se habría esforzado en hallar ideas como las que campean en aquel discurso que Tucídides pone en boca de los de Platea, defendiendo su propia causa ante los lacedemonios que los condenaron á muerte por haber sido fieles á los atenienses. Transcribo un pasaje de ese discurso:

«Volved los ojos hacia las tumbas de vuestros padres inmóviles por los Medas, sepultados en los surcos de nuestras campañas. A ellos tributábamos todos los años honores públicos, como á nuestros antiguos compañeros de armas. Pausanias los enterró aquí creyendo depositarlos en una tierra hospitalaria. Si nos quitáis la vida, si convertís el campo de Platea en un campo de Tebas, ¿no será lo mismo que abandonar vuestros parientes en tierra enemiga en medio de sus asesinos? ¿No podrá decirse que establecis tiranía en el campo donde los Elenos conquistaron su libertad? ¿No abolireis obrando de este modo los antiguos sacrificios de los fundadores de esos templos? Nosotros venimos á suplicaros por las cenizas de vuestros antepasados é invocamos esos muertos para no ser reducidos á esclavitud por los tebanos. Os recordaremos la jornada en que nos ilustraron las acciones más brillantes y daremos fin á nuestro discurso: fin terrible, pues tal vez seremos conducidos á la muerte al terminar nuestras últimas palabras.»

¿Tenemos nosotros tumbas en medio de las campañas á donde acudamos á hacer anuales libaciones? ¿Tenemos templos que nos recuerden hechos memorables? La historia de la Grecia es un poema; la de los romanos un cuadro, la nuestra es una crónica.

#### CONTINUACION DE LA REFORMA LITERARIA. — FILÓSOFOS. POETAS. — POLÍTICOS. — ECONOMISTAS.

Desde el 1792 hasta el 1800 es rara la vez que en Inglaterra oí citar á Locke: decían que su sistema había envejecido y lo consideraban como débil en *ideología*. Por lo tocante á Newton obraban con justicia: negábanle como escritor la tierra, pero lo trasladaban al cielo.

Por lo tocante á los poetas solo algunas composiciones de Driden hallaban cómodo destierro en algunos *elegantes compendios*. No había indulgencia para las rimas de Pope, á pesar de las frecuentes visitas que se hacían á su casa de Twickenham y de los pedazos de madera que se arrancaban del tronco de un sauce que aquel escritor plantó con su mano y que estaba ya tan mustio como su fama.

De Blair decían que era un fastidioso crítico á lo francés y lo hacían muy inferior á Johnson. El *Antiguo Espectador* yacía en el polvo de los desvanes: la literatura filosófica estaba siguiendo el curso en Edimburgo.

Las obras de los políticos ingleses ofrecen poco interés general. No se tocan por lo común más que cuestiones parciales, ó no se ocupan más que de verdades particulares á la constitución de los pueblos británicos.

Los tratados de economía tienen algo más de latitud, pues en ellos se ven cálculos aplicados en parte á las diversas sociedades de Europa acerca de la ri-

queza de los pueblos; la influencia de las colonias; el movimiento de las generaciones, el empleo de capitales y el balance del comercio y la agricultura.

Sin embargo en la época á que me refiero, Mr. Burke salía de la individualidad nacional política, y declarándose contra la revolución francesa arrastró su país á esa larga vía de hostilidades que terminó en los campos de Waterloo. Aislada por espacio de veinte y dos años la Inglaterra, defendió su constitución contra las ideas que hoy la invaden impeliéndola hacia la suerte común de la antigua civilización.

#### TEATRO. — MISTRES SIDDONS. — PATIO. — INVASION DE LA LITERATURA ALEMANA.

La reacción literaria procedía con ingratitud al desdenar los autores clásicos. ¿No era el ostensible empeño de la época el retroceder á Shakespeare y á Milton? pues á nadie debían esos ingenios la gloria sino á los escritores del tiempo de la reina Ana: esos eran los que los sacaron del limbo en que yacían. Dryden, Pope y Addison fueron los promotores del apoteosis. Así contribuyó también Voltaire á la ilustración de los grandes hombres del siglo XIV, Voltaire, cuyo espíritu móvil, curioso é investigador no tenía reparo en ceder algo de la mucha celebridad que tenía en beneficio del prójimo, estando seguro, se entiende, de volverla á recoger con grande usura.

Durante los ocho años que residí emigrado en Londres ví dominar constantemente en la escena Shakespeare: rara vez aparecieron en ella Rowe, Congreve ó Otway, parecía que aquel desigual sublime pintor de las pasiones no toleraba que nadie ocupara un puesto inmediato. Mistress Siddons desempeñaba el papel de lady Macbeht con extraordinaria grandeza: la escena del sonambulismo helaba de terror á los espectadores. Talma era el único que podía aspirar á ponerse al nivel de aquella actriz y eso que en su talento había algo de las correctas maneras de la Grecia lo cual no se echaba absolutamente de ver en Mistress Siddons.

Habiendo sido yo invitado en 1822 á una reunión en casa de lord Lansdown su señoría me presentó á una dama de rostro severo y de edad de setenta y tres años: estaba enteramente vestida de negro, y era del mismo color un velo que á manera de diadema ceñía sus blancos cabellos, dándole el aspecto de una reina destronada. Esa señora me saludó solemnemente con tres frases del *Genio del Cristianismo* estropeadas por la pronunciación y luego me dijo no con menos gravedad: «Soy mistress Siddons.» Si en vez de eso me hubiese dicho: «Soy lady Macbeth,» la hubiera creído. A poco que se viva se encuentra uno con los restos del siglo arrojados por las olas del tiempo á las riberas de la eternidad.

El patio (del teatro) inglés era en mi emigración turbulento y grosero: los marineros bebían cerveza, comían naranjas y apostrofaban á la gente de los palcos. En cierta ocasión tropezó conmigo un marinero que había entrado ebrio en el teatro y me preguntó, ¿Dónde estoy?—En Coven Garden, le contesté.—*Pretty garden indeed*; hermoso jardín ciertamente! me contestó con una eterna carcajada como los dioses de Homero. Pero el pueblo inglés en su brutalidad era mejor juez de las bellezas de Shakespeare que esos elegantes que en la actualidad prefieren las comedias de Kotzebue y de los arrabales de París, traducidas en inglés, á las escenas de *Ricardo III* y de *Hamlet*.

La literatura alemana ha invadido por último la literatura inglesa, como en otros tiempos dominaron la italiana y luego la francesa. Walter Scott dió sus primeros pasos con la traducción del *Berlinchungen* de Goethe; fácil le habría sido elegir de otro modo teniendo á Goethe, Schiller y Lessing. Otros poetas escoceses han imitado mejor en lo tocante al valor y la

carácter de sus montañas, esos cantos guerreros de la nueva Germania que Mr. Saint-Marc Girardin dió á conocer á los franceses así como Mr. Ampere los incitó en los antiguos poemas *Eda*, *Sagas* y *Nibelungen*.

«¡Como duerme tranquila! como duerme (la reina de Prusia). En sus facciones se nota una indefinible expresión de vida. ¡Ah! ¡Ojalá duermas hasta el día en que tu pueblo pueda lavar en sangre el orin de su espada! Duerme así hasta la noche, la más hermosa de las noches, que verá brillar en la cima de los montes las señales de guerra. Despiértate entonces, despiértate, santa patrona de la Alemania: sé su ángel de libertad y de venganza.» (1)

ELOCUCION POLITICA.—FOX.—BURKE.—PITT.

Puede considerarse la elocucion política como una de las partes de la literatura británica; así he tenido ocasion de conocerlo en dos épocas bien distintas de mi vida.

La Inglaterra del 1688 se hallaba á fines del siglo último en el apogeo de su gloria. Yo, pobre emigrado en Londres desde el 1792 hasta el 1800, oí hablar á los Pitt, Fox, Sheridan, Wilberforce, Grenville, Whitbread, Landerdale y Erskine; cuando me hallé de *magnífico embajador* en la misma ciudad en 1822, no sé decir hasta qué punto me sorprendió el ver que en lugar de aquellos grandes oradores que admiré en otro tiempo, estaba ocupado su puesto por los que entonces eran de segundo orden, es decir, cuando ví que los discípulos ocupaban el lugar de los maestros. Albion se va gastando como todas las demás cosas del universo; las ideas generales han penetrado en aquella sociedad particular, y la dirigen. Pero la aristocracia ilustrada puesta desde hace cuatro siglos al frente del país, habrá presentado al mundo una de las más bellas y poderosas sociedades que han hecho honor a la raza humana desde el patriciado romano. Los últimos triunfos de la corona británica en el continente, han precipitado su caída. La Inglaterra venciendo, y Napoleón siendo vencido, dejaron su corona en Waterloo.

En 1796 asistí á la memorable sesion de la cámara de los Diputados, en que M. Burke se separó de M. Fox. Tratábase de la revolucion francesa que el primero de estos atacaba, y el segundo defendía. Jamás los dos oradores que hasta entonces habian sido amigos desplegaron tanta elocucion. Toda la cámara estaba conmovida, y los ojos de Fox se inundaron de lágrimas cuando Burke terminó su discurso con estas palabras:

«El muy honorable caballero en el discurso que acaba de pronunciar, me ha tratado en cada frase con una dureza no muy comun: ha censurado mi vida entera, mi conducta y mis opiniones. A pesar de ese grande y formal ataque, no merecido por mi parte, no me arredro, ni temo manifestar mis sentimientos en esta cámara y donde quiera que sea. Lo diré al mundo entero: la Constitucion peligra.»

«Ciertamente es una cosa indiscreta, y particularmente en la edad de mi vida, el provocar enemigos ó dar á los amigos ocasion de abandonarme. Mas si eso debe suceder por mi adhesion á la ley fundamental británica, aventuraré todas las consecuencias, y cediendo á lo que el deber y la prudencia pública me ordenan, exclamaré en mis últimas palabras: «¡Evitad la constitucion francesa! (*Fly from the french constitution*).»

Habiendo dicho M. Fox que no se trataba de perder amigos, prosiguió diciendo el orador:

«Sí, se trata de perder amigos, bien conozco el resultado de mi conducta. He cumplido con mi deber á costa de mi amigo; nuestra amistad ha concluido.»

(1) Kærner citado por Mr. Saint-Marc Girardin.

«Advierto á los muy honorables diputados, que son los dos grandes rivales en esta cámara, que (bien sea que se muevan en el horizonte político como dos luminosos meteoros; bien sea que caminen unidos como dos hermanos), deben preservarse para el porvenir y amar la constitucion británica; les advierto que deben estar muy en guardia contra las innovaciones, y salvarse del peligro de las nuevas teorías.» Pitt, Fox y Burke ya no existen, y la constitucion inglesa ha sufrido la influencia de las nuevas teorías. Es preciso haber visto la gravedad de los debates parlamentarios en aquella época, y haber oido aquellos oradores, cuya voz profética parecia anunciar una próxima tempestad, para formarse una idea de la escena que acabo de recordar. La libertad contenida en los límites del orden, parecia agitarse en Westminster bajo la influencia de la libertad anárquica que hablaba en la tribuna todavía ensangrentada de Cromwell.

M. Pitt, alto y delgado, tenia un aspecto sério y burlon. Su palabra era fría: su entonacion monótona: su ademán insensible. Sin embargo, el brillo y fluidez de sus pensamientos y la lógica de sus raciocinios súbitamente ilustrados con ráfagas de elocucion, elevaban su talento á una altura fuera de todo lo comun.

Yo veía con bastante frecuencia á M. Pitt cuando al través del parque de San James iba á pié desde su casa al palacio del rey. Por su parte Jorge III venia de Windsor despues de haber bebido cerveza en un vaso de estaño con los labradores de la vecindad y atravesaba los ruines patios de su castillejo en un carruaje de mal color acompañado de algunos guardias á caballo: este era sin embargo el señor de los reyes de Europa, como cinco ó seis comerciantes de la cité eran los señores de la India. M. Pitt vestido de negro con espadin de puño de acero al lado, y el sombrero bajo el brazo, subia la escalera abarcando con sus largas piernas dos ó tres escalones á un mismo tiempo. A su paso no solia encontrarse mas que con tres ó cuatro emigrados desocupados, sobre los cuales dejaba caer una mirada desdeñosa y pasaba adelante con la cabeza erguida y el rostro pálido.

Aquel célebre economista nunca habia podido establecer arreglo en su casa, ni siquiera por lo tocante á las horas de comida ó de descanso: hallábase abrumado de deudas que no pagaba, y tenia encomendada la direccion de sus negocios personales á su ayuda de cámara.

Mal vestido, sin placeres, sin pasiones, no siendo la de la ambicion de mando, despreciaba los honores y no queria ser sino *William Pitt*.

Lord Liverpool en junio del 1822, me llevó á comer á su casa de campo, y al atravesar el carrascal de Pulteney me hizo ver la pequeña casa en que murió pobre el hijo de lord Chatam, el hombre de Estado, de quien se puede decir que habia tenido asalariada la Europa y distribuido con sus propias manos todos los millones de la tierra.

CAMBIO DE LAS COSTUMBRES INGLESAS.—HIDALGOS CAMPESINOS.—CLERO.—ALTA SOCIEDAD.—JORJE III.

En su separacion del continente por una larga guerra, los ingleses conservaron hasta fines del siglo último sus costumbres y su carácter nacional. En aquel tiempo todavía no era todo máquinas en las clases industriales, ni locura en las clases elevadas. Por esas mismas calles donde ahora transitan hombres envueltos en anchos levitones manchados de barro, pasaban en otro tiempo graciosas niñas vestidas de blanco, con su sobrerito de paja sujeto con una cinta bajo la barba, su cesta al brazo, su libro en la mano, y ruborizándose cuando algun desconocido fijaba la vista en ellas. Esa clase de levitones (*redingotes*) era en 1793

tan poco usada en Londres, que una buena mujer me preguntaba derramando lágrimas si era cierto que Luis XVI habia tenido que subir al patíbulo con semejante traje.

Los hidalgos campesinos no habian vendido todavía sus bienes rurales para poder vivir en Londres, y aun seguian formando en la cámara de los Diputados aquella fraccion independiente que haciendo oposicion al

ministerio, sostenia la idea de orden y de propiedad. Aquellos honrados diputados iban durante el otoño á cazar zorras ó faisanes, comian el pato cebado por Navidad, gritaban viva el *roast-beef*, se lamentaban del tiempo presente, alababan el pasado, renegaban de Pitt y de la guerra que habia hecho subir el precio del vino de Oporto, y se acostaban ébrios para entregarse al mismo género de vida al día siguiente. Esta-



WILLIAM PITT.

ban seguros que la gloria, de la Gran Bretaña no se extinguiria mientras se cantara el *God save the king*, mientras se conservaran en su vigor las leyes sobre la caza, y mientras se vendieran furtivamente en el mercado liebres y perdices con el nombre de *leones* y *avestruces*.

El clero anglicano era sabio, hospitalario y virtuoso, y recibió al clero francés con una caridad verdaderamente cristiana. La universidad de Oxford mandó imprimir á su costa y distribuyó gratis á los curas

franceses un Nuevo Testamento segun el texto de la edicion romana con este epigrafe: *Para el uso del clero católico desterrado por la religion*.

Por lo que toca á la alta sociedad inglesa de aquel tiempo, no pude en mi triste situacion de emigrado considerarla mas que en su parte exterior. Cuando habia recepciones en la corte ó en los salones de la princesa de Gales veía yo pasar las *Ladies* sentadas de medio lado en sillones de mano. Sus grandes tontillos salian por la portezuela de la litera como frontales de